

paternal, y en el momento de sentarse á la mesa preguntó á su hija:

—¿No ha venido nadie?

Fijó en la joven sus ojos con tanta persistencia, que la infeliz enrojeció y balbució:

—Nadie.

—¡Ah!

—¿Quién queréis que venga á esta soledad?

—Algún vecino, algunos amigos.

Y añadió con afectada tranquilidad:

—Algún enamorado quizás.

—¡Oh!—exclamó Elena.—¡Somos tan pobres!...

Y repitió:

—No, nadie.

El señor de Solmes parecía muy tranquilo; pero bajo su espeso bigote, de un blanco de nieve, sus labios se agitaron nerviosamente.

Aurora se estremeció.

¿Tendría sospechas?

Pero al ver que la llenaba de obsequios y de caricias, olvidó en seguida aquella impresión repentina.

Algunos días después debía recordarla.

XX

Donde encontramos antiguos conocidos.

Habían trascurrido algunas semanas.

La primavera estaba en todo su esplendor:

Sobre las ocho de la noche, un hombre, joven aun, al cual no se le hubiesen supuesto más de treinta y dos ó treinta y tres años, aunque tenía cuarenta desde hacía dos meses, daba la última mano á su *toilette*.

Con la corbata blanca, con la barba fina cuidadosamente peinada, corto el cabello, blanquísimos dientes, altiva frente, vigoroso y de una salud envidiable, se miraba á un espejo con cierta complacencia.

Era en realidad muy hermoso.

Esta escena ocurría en un pequeño hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia, en la acera de la derecha, según se sube hacia el arco de l'Etoile.

Este hotel está tan solamente separado por un muro del de las señoritas Duprat.

Estaba entonces ocupado por un inquilino que gastaba gran tren, y que hacía cierto ruido entre la gente del boulevard en el Todo-París, donde gozaba de una reputación excelente.

Era el barón Máximo Saint-Aubin-Deschaumes.

Sus amigos le llamaban Saint-Aubin á secas.

Las mujeres, el barón Máximo.

Desde el café Riche, que no estaba aun transformado vergonzosamente en cervecería, hasta el hipódromo de Longchamps, el barón Máximo y su cara era tan conocido como la ruda.

Buen jinete, magnífico tirador, *gentlement*, asiduo asistente al tiro de pichón, *gentleman-rider*, buen bebedor y gastrónomo distinguido, el amo del amigo de Jaime Fugeret, Jesús Piriac, había logrado su objeto y satisfecho sus aspiraciones.

Era alguien y ocupaba un puesto envidiado en sociedad.

Los negocios habían prosperado indudablemente.

Todo lo probaba.

Primeramente aquel hotel, cuyo subido alquiler pagaba puntualmente.

La casa era precisamente lo que debía ser para un soltero, enemigo del matrimonio, al cual basta su propia fortuna y á quien no tientan ni los hermosos dotes ni las gracias ni atractivos de las herederas.

Todo el mundo estaba conforme con esta opinión.

El barón Saint-Aubin no quería de ningún modo abdicar de su libertad de soltero.

En cuanto á bienes, no se le conocía más que una posesión de escaso valor en Auvernia, en las cercanías de Royal, cuyas rentas bastaban á penas para sostener la casa que en ella había y á los cuales los habitantes de las cercanías daban el pomposo nombre de castillo.

El barón no poseía, pues, una de esas fortunas sólidas á todas luces.

Tampoco hubiera podido justificar una industria cualquiera ni valores serios.

Y, sin embargo, no le faltaba dinero, saldaba sus cuentas con una regularidad ejemplar y no pedía prestado ni un céntimo á nadie.

¿De dónde procedía aquella misteriosa opulencia?

A decir verdad, en los tiempos en que vivimos todo se juzga por las apariencias, nadie piensa en establecer el balance de sus vecinos, en medio de la agitación de una ciudad en la cual cada cual está absorbido por sus negocios, sus pesares ó sus placeres.

El barón Máximo no debía nada, y su cartera estaba siempre llena de una buena cantidad de billetes de Banco.

Esto era lo cierto.

Afirmaban además que no se privaba de ninguna satisfacción; su vida era una continua orgía.

Ya lo hemos dicho: nadie, ni aun su mismo criado, le hubiese supuesto la edad que tenía.

A pesar de sus cuarenta años, parecía joven y en el esplendor de su primavera y de su fuerza, con la seguridad y la sangre fría de que se carece á los veinte.

Lo que más chocaba en él era la energía de sus rasgos, la ironía, que formaba, por decirlo así, la característica de aquella cabeza que no se parecía á ninguna otra.

El barón, vestido y dispuesto á salir, pasó de su gabinete á su alcoba, y de pie delante de su *secrétaire*, hermoso mueble, escribió este billete, que dobló cuidadosamente después de haberle leído:

Estaba redactado en inglés.

«Muy señor mio:

»Os ruego que me enviéis dos mil libras á cuenta.

»Todo continúa bien.

»Vuestro servidor,

»SAINT AUBIN.»

Puso las señas.

«*M. Savil, en la banca Saviland Count.*

»*Regent's Street.*

»*Londres.*»

Después cerró el sobre y lo lacró, marcándole con un sello de sus armas.

Siempre es de buen efecto.

En aquél momento se abrió una puerta y el apacible rostro de un criado apareció.

Era el de Jesús Piriac.

Tampoco él había envejecido.

No hay nada como la prosperidad para conservar el físico de un hombre ó de una mujer.

En el aspecto del antiguo compañero de Jaime Fugeret se veía en seguida al ser que habita una hermosa casa, convenientemente ventilada, que se sienta á una buena mesa, que no trabaja más que á determinadas horas, que digiere bien, que duerme mejor y que goza de los placeres que puede proporcionarles los favoritos de la suerte que tienen rentas ó de los satélites que gravitan á su alrededor.

Aquel Jesús Piriac tenía el aspecto de un hombre contento de vivir, pero que le estaba prohibido renunciar á su empleo.

Llevaba en su rostro pacífico y jovial el estigma casi imborrable de lo que se ha dado en llamar gentes de la casa.

El más humilde hijo de París, el menor gatera, el mocoso de diez años, sacarían uno de estos criados entre un grupo de cien mil personas.

Piriac, por muy letrado que fuese, á pesar de sus nueve años de colegio, había tomado las costumbres peculiares á su oficio y no podía expulsarlas.

Sin embargo, había subido algunos grados.

Seguía siendo el ayuda de cámara de su antiguo compañero de regimiento, pero con el título de intendente de director de la casa, an-

te el cual todo el mundo debe inclinarse.

Esto se veía sin gran trabajo, en la actitud amistosa y familiar que tenía, sobre todo en los momentos en que se hallaba á solas con su amo.

—¿Estás en fondos?—le preguntó el barón con interés.

—Sí. ¿y vos?

—Dí «¿y tú?...» Imbécil.

—No lo diré—dijo el bretón.—Podría adquirir la costumbre y la lengua se escapa con facilidad ante las gentes.

—Como quieras. ¿Has cobrado tu mensualidad?

—Me la he pagado yo mismo esta mañana, cuando pagué á los demás... Podéis estar tranquilo, no se me olvida. Si necesitáis un billete de á mil, puedo ofrecérosle y estoy tentado á retirarme á mi paisnatal...

—No hagas eso—dijo vivamente el barón.—Nosotros debemos permanecer unidos hasta la muerte.

—¡Oh! es que hay para rato. Tengo gran deseo de volver á mi Bretaña.

—¡Déjame en paz!

El barón señaló con el dedo el sobre que acababa de lacrar y dijo:

—¿Ves esa carta?... Pónla en el correo esta tarde.

Periac se inclinó hacia el sobre y leyó las señas.

—¿Es para vuestros socios?

—Sí.

—¿Les pedís dinero?

—Dos mil libras.

—¿Esterlinas?

—Sin duda alguna.

—¡Demonio! ¿Sabéis que no os atascáis?

—Las necesito—dijo lacónicamente el barón.

—No hace aún seis semanas que habéis pedido otras tantas.

—¡Oh!—dijo negligentemente Saint Aubin—para lo que les cuesta.

—Es lo mismo... tiráis sobre ellos con bala rasa. Preciso es que el negocio sea excelente.

—Lo es.

—Todos los manantiales pueden secarse.

—Este no. Además, he hecho algunas locuras...

—¿Mujeres?

—¡Jamás!

—Sin embargo...

—¿Quieres hablar de Olimpia?

—¡De vuestra pasión eterna!

—Que son las mejores.

—Pero os cuesta muy caro.

—Menos de lo que vale. Encuentrame una que valga más que ella... Es una perla.

—Recogida en un estercolero.

—¡Piriac!

—Sois muy fuerte, pero esa mujer es vuestro flaco y os perderá.

—No ocurrirá eso mañana seguramente—dijo Saint-Aubin;—Olimpia es razonable y no me arruina.

—¿Entonces esas locuras?

—El juego... Las carreras me han sido funestas y la dama de pique infiel...

El barón concluyó diciendo alegremente:

—Llaga de dinero no es mortal. Se donde puedo encontrarlo.

—En casa de vuestros amigos los Grumbach los sabios de la calle de Saint-Andrédes-Arts. Desde el día en que travastéis amistad con ellos data vuestra prosperidad.

—¡Son hombres de genio!—afirmó Saint-Aubin con gran entusiasmo.

—Y que viven en buhardillas.

—¡Si les agrada hacerlo...! Podían sin embargo vivir en su palacio y desprecian las riquezas...

El barón terminó diciendo con el tono imperioso que le era familiar.

—¡No hablemos más de ellos!

El bretón con el tono más humilde de un criado preguntó:

—¿El señor barón come hoy en casa?

—No, señor Piriac.

—¿Con alegre compañía en el restaurant?

—Tal y como lo decís. Con alegre compañía.

—¿A qué hora volverá el señor barón?

—Muy tarde ó mañana ya de día.

—¿De modo que puedo disponer de la noche?

—¿Tengo yo acaso costumbre de tiranizaros?

—No me quejo. Mi vida es bastante dulce.

El barón dijo riendo:

—¡Largo, charlatán!

Puso la cartera en el bolsillo de su levita, un puñado de cigarros en el del gabán, y preguntó:

—¿Está preparado el coche?

—El coche del señor barón le está esperando hace veinte minutos.

Saint-Aubin dirigió una mirada cariñosa á su compañero, bajó muy de prisa la escalera de su hotel, con gran ligereza entró en el coche y dijo al cochero:

—Calle Royal.

Piriac se asomó al balcón de la habitación de su amo, ó mejor dicho de su compañero y amigo, y al mismo tiempo que le veía alejarse con toda la velocidad de un excelente trotón normando, se dijo:

—Otros cincuenta mil francos que desaparecerán lo mismo que los demás, lo mismo que los millones que se han ido como el humo desde hace quince años... El negocio Savily Conut, el invento de los Grumbach, de esos dos hermanos alquimistas grabadores que sirven para todo, hasta para encontrar la piedra filosofal, no sé lo que es, pero me parece que si quisiera lo sabría.

Hizo un gesto de indiferencia y murmuró:

—Para turbar quizá mi tranquilidad. Mejor es no saberlo. Sin él, ¿dónde estaría? En el precipicio quizá, donde hubiera rodado á causa de la miseria y la mala suerte. ¡Cuántos de los que se me parecen he visto morir en el hospital! Mientras que yo soy libre y mi porvenir está asegurado en una cabaña en el fondo de mi querida Bretaña cuando quiera.

Aquella hermosa tarde una infinidad de coches pasaban hacia el Bosque. Paris se había vestido con sus galas de día de fiesta; había en el aire ruidos de música lejana, de los jardines que rodean las casas y de los magníficos macizos sostenidos por el Municipio se elevaban perfumes penetrantes.

Gustaba respirar á plenos pulmones el aire de aquel opulento barrio.

—¿Dónde cenaré yo esta noche?—se preguntó Piriac.

No comía casi nunca en el hotel del barón.

Como su amo, iba por todas partes ahorrando, escogiendo preferentemente los restaurants burgueses y las tabernas donde se reunían los cocheros, atraídos por la buena fama de la cocina.

Se había acostumbrado á aquella vida nómada; conocía á todo el mundo; le gustaba oír las historias del barrio; era muy económico en el fondo: se contentaba con sus utilidades, no pedía nada al barón, tomaba lo que le daba, diez luises mensuales, algunas veces más, cuando por casualidad el jugador tenía buena suerte en el círculo ó en las carreras.

Poco á poco había ido adquiriendo una gran amistad y respeto hacia aquel otro que guardaba los secretos de sus asuntos y de su amor.

Aquel cariño era lo único que le retenía en Paris, porque en el fondo su país le atraía, los bosques de Paimpont, el estanque, las granjas, en medio de las cuales se había criado, el camino que tan á menudo había corrido para ir solo ó acompañado de Jaime Fugeret desde su pueblo á Rennes.

De cuando en cuando se volvía hacia la ventana más próxima de aquella en que se encontraba.

Aquella ventana era la primera del hotel Duprat.

Las dos habitaciones se tocan.

Se hubiera podido hablar en voz baja desde su balcón con una persona que estuviese de codos en el balcón vecino.

Indudablemente esperaba ver allí un rostro que no asomaba.

Entonces volvía á abismarse en sus reflexiones.

¡Qué cosa más rara es el destino!

Su padre era leñador, y ganaba, á fuerza de brazos, de dos á dos y medio francos por día.

Muchas veces estaba demás: veía á su madre, una mujer alta, seca y negra, que llevaba á pastar sus dos vacas á las zanjas del camino lo mismo en tiempo seco que en tiempo lluvioso. Las volvía á llevar á la cuadra cuando el día empezaba á caer. Aquellas dos bestias constituían el bienestar de la familia.

Servían de nodrizas á toda la casa y aun se ayudaba á los vecinos.

Cuando era pequeñito él era el que las conducía.

Después, algunas almas caritativas se habían interesado por su porvenir, porque parecía listo é inteligente.

Le habían llevado interno á Rennes.

Allí había encontrado á Jaime Fugeret, que eran casi vecinos, de su misma estatura, aunque un poco más joven.

De leñador á constructor de zuecos, la distancia no es grande.

Su amistad de la infancia se había afirmado para no desmentirse jamás.

El recuerdo de Jaime Fugeret coloreó sus mejillas.

¡Su compañero había tenido suerte!

Había sentado plaza en el momento de la guerra del 70 en infantería de marina, cuerpo donde se asciende mucho, porque las calenturas y otras enfermedades de las colonias malsanas, sin contar las balas enemigas, hacen en él bastantes bajas, le había ascendido con gran brillantez.

En muy poco tiempo, y á causa de su bue-

na conducta durante la guerra había llegado á ser comendador de la Legión de Honor y general de brigada.

¡Quién lo hubiera dicho!

Además gozaba de la más intacta y casi de la más gloriosa reputación. Se había distinguido en todas partes donde se había disparado un cañonazo desde hacía veinte años.

La casualidad quería que se encontrase casi siempre en las primeras filas, allí donde con el peligro se recoge el honor.

Era casi inverosímil, y sin embargo era cierto.

Hacia bastante tiempo que Piriac no le había visto; pero se escribían.

Jaime era siempre para él el amigo de aquellos tiempos de miseria.

La última carta estaba fechada en Saint-Louis, en el Senegal.

En su carta, el general le hablaba aun de aquella Magdalena de Arvil, cuyo nombre tenía siempre en los labios cuando estaban en el seminario de Rennes.

Desde hacía muchos años no le hablaba de otra cosa, pero solamente preguntaba: ¿Qué es de ella?

La respuesta no era difícil.

Era siempre la misma.

No se casó.

Sigue siendo como siempre, la señorita de Arvil.

Va constantemente de luto.

Jesús Piriac no la había visto nunca más que con vestidos negros, sin una flor, sin una cinta de color y sin una alhaja.

Iba muy á menudo á casa de su amiga la se-

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNAM
"ALFONSO" 23
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ñorita Duprat, que era entonces la señora Chagny, la vecina del barón Saint-Aubin. Y era una viuda sin marido, una madre de luto.

Brígida seguía en su casa soltera, y siempre bonita.

No tanto como su ama, que era una de las bellezas más perfectas que verse pueden; pero tan fría, tan impasible como el mármol blanco de las estatuas.

Había allí un misterio más fácil de penetrar que el de la fortuna del barón. De este enigma Jesús Piriac conocía la clave ó creía conocerla sin que su amigo Fugeret le hubiera hecho ninguna declaración.

La conciencia del general no debía estar muy limpia.

¡Oh, no! El remordimiento, con sus agudos dientes, debía desgarrarle sin cesar.

—¡Era cierto!

Jesús Piriac había llegado á este punto en sus meditaciones, cuando se volvió de pronto hacia el hotel Duprat.

Una vocecita, suave como una flauta, le llamaba, diciendo:

—¡Psit, psit.

El espectáculo que se ofreció entonces á las miradas del bretón no estaba desprovisto de encanto.

La voz pertenecía á una mujercita, colocada en la ventana más próxima del hotel Duprat.

La joven se llamaba Angela Ricard y era criada del hotel.

Al primer golpe de vista se reconocía en ella á la parisién del *fabourg*, *pur sang*, delgadita y pálida, pero atractiva, sin embargo.

Con las manos muy cuidadas y un cutis

lleno de polvo, dientes bien alineados en una boca muy grande, nariz chata y cabellos rizados con arte sobre una frente baja, ya surcada por pequeñas arrugas. El conjunto era agradable.

El bretón se regocijó.

Los dos vecinos debían estar en buenas relaciones.

Angela Ricard era la doncella de la señorita Hortensia Duprat.

—Hace tiempo que estoy aquí esperando—dijo al bretón.—¿Qué demontres haciais?

—Comer. No he perdido la costumbre. ¿Y vos?

—No tengo hambre esta tarde.

—El amor os quita el apetito.

—Quizás.

—¡Tunante!

—Voy á salir.

—¿Y vais?...

—No lo sé. A dar una vuelta. A tomar algo.

—¿No venís?...

—Si queréis...

—¿Y vuestras señoras?

—La vieja, la señorita, está en Melún para arreglar unos asuntos. La señora Chagny no come en casa.

—¿Dónde come?

—En casa de su amiga la señorita de Arvil.

—¿Con el señor?

—¡Oh, el señor!—exclamó la joven haciendo una mueca irónica.—Parece que va sacando las patitas de las alforjas, lo que ya le ha ocurrido más de una vez á la semana. ¡Menudos bromazos debe correr con vuestro amo! Son tan amigos como...

—Está bien—dijo Piriac.—Ya lo sabemos.
—Si yo estuviese en el puesto de la señora...
—¿Qué?
—Que le haría caer en el garlito y le probaría que el divorcio no se ha hecho para los perros.

—¡Tunantuela! ¿Y la señora?

—No se ocupa de eso. Dice que se ha equivocado casándose, que hubiera hecho mejor permaneciendo soltera y que no quiere más que una cosa.

—¿Y es?

—Dice que la dejen en paz... Y eso es precisamente lo que el señorito hace. Pretende que no tiene más que cifras en la cabeza, los negocios, la Bolsa, las especulaciones... y en efecto, no habla más que de recibir valores de rentas y de acciones de minas, á lo que parece gana todo el dinero que quiere y parece que es tan rico como la señora. Ella administra sus bienes y él los suyos: no riñen nunca. A él no le gusta estar mucho tiempo en la avenida de Mesina; dice que aquel cajón es tan triste como un día de lluvia.

—Y no se equivoca... ¡Han pasado allí cosas...!

—Creo que sí. ¿Hace mucho tiempo?

—Dieciocho años.

—Cosas terribles... ¿Un joven que se ha suicidado?

—Justamente.

—¿El prometido de la señorita?

—Sí.

—¿No se llamaba el vizconde de...

—De Bures.

—Eso es.

—¿No decían también que había sido á consecuencia de un calaverada de su futura?

—Lo decían y lo dicen, pero no es cierto.

—¿Qué sabéis vos?

—Tengo así como una idea.

La criada cambió de conversación.

—Sabéis—dijo—que la señora me habla muchas veces de vuestro amo.

—¡Bah!

—Sí, cuando se pasea en su jardín se divierte en mirarlo. Le encuentra muy guapo. Dice que es un tipo que la hubiese agradado.

—Ya agrada á otras—dijo Piriac, con alguna vanidad.

—Creo que si quisiera...

—¿Y qué diría su amigo Chagny?

—¡Oh! su amigo. Ya sabéis, con los amigos se come.

La conversación hubiera podido prolongarse indefinidamente, pero de repente el ayuda de cámara lanzó un grito de sorpresa.

—¡E!

Acababa de ver en la avenida, debajo de sus ventanas á un hombre de unos cuarenta años, de acentuados rasgos y curtida piel, con los cabellos ya grises, cortados al rape y espesos bigotes, vestido con una americana oscura y un boton en el ojal que iba á llamar al timbre de la puerta.

Se inclinó sobre el balcón y llamó:

—¡Jaime!

—¡Jesús!

—Espérame un segundo.

Y sin ocuparse más de la muchacha, entró en la habitación del barón, y Angela le vió salir en seguida con un gaban en el brazo. La

dirigió un cariñoso saludo con la mano como para disculparse y se precipitó en los brazos de aquél hombre que le estrechó contra su pecho.

Piriac repitió con alegre sorpresa:

—¿Tú en París?

—Ya lo ves.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—¿De dónde vienes?

—Del Senegal.

—¿Y dónde vas?

—Al Tonkin. Según parece no son buenas las noticias.

—¿De modo?

—Que allí me mandan.

—¿Y te vas?

—Mañana por la tarde salgo para Marsella. Hasta entonces tengo una porción de cosas que hacer, una infinidad de visitas... algunas compras...

—¿De modo que siempre vas á estar en campaña?

—¡Qué importa eso! ¿Puedes concederme unos momentos?

—Cuantos quieras... Poco has cambiado.

—¿De verdad?

—Los viajes conservan.

Jaime Fugeret suspiró.

—¿Dónde vamos?—preguntó.

—¿Has comido?

—No. No he pensado siquiera en ello. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Entonces vente conmigo. Te convido.

—¿De modo que eres rico?

—Tengo cubiertas mis necesidades. Ya sabes que no soy ambicioso. Una cabaña y un corazón me bastan, y á falta del corazón me contentaré con la cabaña. ¿Y tus asuntos?...

—No tengo ninguno... Ya comprendes... un oficial... Un amigo mio se ocupa de mis pobres economías... A lo que parece prosperan... Yo no quiero saber nada... ni pienso en ello siquiera.

Angela seguía en la ventana.

Jesús Piriac se volvió hacia ella y con las manos la envió un beso.

—No está nunca demás el quedar bien con una muchacha.

—Bien—exclamó el general—te doy la enhorabuena, tienes buenas amigas.

—¡Oh!—exclamó Piriac con modestia—estas son las ventajas del oficio... Es una vecina... la doncella de la señora Chagny...

—No la conozco.

—Sí, la señora Chagny era la señorita Duprat, la amiga de la señorita de Arvil... ¡Ya sabes!...

El general se estremeció.

—En efecto—exclamó.—¿Dónde tengo la cabeza? No pensaba en ella. Me anunciaste su boda ya hace tiempo... Hace seis ó siete años.

—Siete.

—Tarde se ha casado.

—Sí.

—¿Tiene familia?

—No.

—¿Es feliz?

—Mucho... La mayor parte del tiempo se lo pasan, el marido separado de la mujer y la mujer del marido. Conozco muchos matrimo-